

En la plenitud del hombre

Para "TAPEJARA"

El hombre moderno ha perdido su senda y un estado de angustia azota la soledad y el aislamiento de su existencia extraviada en los arcanos infinitos de su corazón inasequible. Puede decirse que los hombres de hoy nacen "comprometidos". Viven como "arrojados" a un camino a cuyo término les aguarda cual sanguinaria Erinea el tormento implacable de la nada. La humana criatura en la dramática búsqueda de sí misma, siente correr el tiempo igual e irrepitable, como las aguas del río heracliteano.

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y, como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Nuestra filosofía, esto es nuestro modo de comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la propia vida humana. Vivimos en un instante en que la barbarie de la civilización llega al frenesí. Urge buscar soluciones que retomen para el hombre el auténtico sendero de su espiritualidad. El hombre sólo puede soportar la vida terrena creyéndose desligado del orbe material e impulsado en la valoración fundamental de algo superior.

Impera luchar hoy contra el mal del rebaño. Contra aquellas vidas surmenageadas que navegando en un laberinto de ideas difusas e impropias no piensan ni actúan más que en poseso. Existen, desde luego, pero bebiéndose sin sed en irremediable despersonalización en el espejeo engañoso de las ilusiones y apariencias. Para el hombre del rebaño, ubicuo personaje del diario vivir, los valores espirituales configuran superficial revestimiento, como lo sería de manera similar la valoración estética en superadas épocas históricas. Siente y experimenta tan solo el bienestar fisiológico, que es el goce típico de los irracionales.

Para salvar estos instantes inciertos y aetosi-gados de presagios fatídicos, será menester ahondar en la inquietud reflexiva, principio, partida y estímulo para el genuino filosofar. Es preciso escrutar en el fondo del hombre para arribar a aquello que nos permita soñar más allá del hombre. Descartes, por ejemplo, no pudo ver en el cogito, ergo sum más que el testimonio del yo pensante, sin buscar fundamento en otro ser. Heidegger (Sein und Zeit) plantea el problema de la esencia en la constitución entre el hombre y la realidad resulta uno de los problemas más complejos de la filosofía y entraña tal vez el punto culminante de la clave que desconocemos. "Sólo quien quiere lo imposible puede alcanzar lo posible". (Jaspers).

Con Kierkegaard comienza la autoreflexión intensiva del hombre que se acrecienta en Nietzsche y aparece nuevamente en Dilthey y su interrogante sobre la vida, aunque sería absurdo vincular a estos tres pensadores entre sí, en cuanto a la analogía de sus ideas. Hoy el hombre experimenta abatido la limitación de sus posibles. Somos para la nada (Sartre), absurdos (Camuns), para la muerte (Heidegger), y en esta trilogía se encierra la desesperanza y el desconsuelo. La tentativa del hombre por cerciorarse de sí mismo por la libertad, lo lleva a la angustia. La angustia no se vincula indefectiblemente al existencialismo como filosofía de nuestra época, sino que configura la representación de una realidad definida. El existencialismo es el resultado de una crisis histórica, el saldo de un pavoroso ciclo de peripecias, que ha ahondado la babélica confusión que padecemos.

La angustia, en cambio, es el estado emotivo central y absorbente en la existencia particular del hombre emancipado. Del microcosmos antonomástico que consciente de sus tribulaciones y sus esperanzas, de sus misterios y sus grandezas, se alza a la plenitud del hombre, seguro de su inmenso destino. ¿Cómo existir en un mundo sin sentido? Esta pregunta no es sino la máxima paradoja del hombre angustiado y al borde de romper su solidaridad consigo mismo. Para Kierkegaard el hombre es una síntesis de alma y cuerpo realizada por el espíritu. El espíritu a su vez es la causa y el órgano de la angustia. Sin espíritu no existe la angustia, como tampoco existiría el hombre. El mismo Kierkegaard define la angustia como "la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad". Yo soy la realidad de lo contenido en la posibilidad y la posibilidad de lo entendido para la realidad.

El hombre es esencialmente hombre en la medida en que es apto para encontrarse a sí mismo en la valoración de su humanidad. Veteado de ansiedades metafísicas el pensamiento del hombre en la plenitud de su ser, se caracteriza por evolucionar continuamente. En su perenne bracear ante la nada no caerá jamás en derrota o de bruces deslumbrado por su misterio, en la limitación de tiempo que conduce a la muerte. Beberá la luz como los dioses del Olimpo bebían la Ambrosía. Realizará su vida plena en lo que es, pero poseyendo en cierto modo lo que todavía no es. La vida será entonces proyecto o futurición (Ortega). El hombre es su futuro por realizar. No será nunca u-

ser para la muerte (Heidegger) sino un ser para el por-venir. El hombre es lo que todavía no es. La característica esencial del hombre es que no existe sino en cuanto se proyecta hacia adelante. De ser existencial se convierte en ser esencial.

Para Heidegger es privilegio del hombre como Dasein (Ser-Allí) el que pueda y deba preguntar por el sentido del ser. El viejo Parménides ya nos afirmaba el ser como lo único, infinito y eterno. Lo esencial para el hombre moderno radica en la comprensión del ser y la determinación de su actitud ante él. El ser debe trascender. No hacia las cosas en el conocimiento o en la delectación estética, sino trascender hacia los valores. Sartre sostiene que existir volcado el hombre en las cosas constituye la esencia del hombre (L'être et le Néant). Heidegger nos abandona en la intrascendencia de la existencia auténtica. Kierkegaard con su angustia, persigue en resumidas cuentas, un tamaño afán de aclarar. Marcel, en el existencialismo cristiano, abraza la aspiración trascendente. Jaspers pretende en atrevidos esfuerzos reducir la filosofía al estudio de lo individual, del existente concreto. En Platón, Plotino, en la mística dionisíaca que se acentuó en Nietzsche, Bergson y Einstein, todos los cuales propiciaron el clima en que

ca, se palpa la ansiedad de un saber concreto. Ahora nos debatimos.

Nuestra época reitera con ropaje moderno antiguos problemas. El drama del hombre actual estriba principalmente en la carencia de Ser. El hombre en sus entrañas sufre ansias de Infinito. Sabe que lo es todo, pero también no desconoce que es nada. Si no discernimos claramente la esfera netamente humana, la vida es confusión. El hombre es un ser para el valor, y en ese temple de ánimo lo alumbraba la fe en la realización de su libertad. La fe es el ser. La libertad es la realización. Yo me determino libremente en la medida en que abro mi espíritu a los valores.

El hombre emancipado, el microcosmos antonomástico, dotado de una tremenda facultad de creación, en la plenitud del hombre, vive en una actualidad existencial que le hace experimentar un drama profundo, apasionado y a veces angustiado. Pero su pensamiento se eleva hacia el futuro, consagrando un indomable afán de ser libremente en cada nueva etapa lo que todavía no es. Y en ese devenir alcanza su esperanza y su consuelo.

J. Román Pérez — Sénac. (Uruguay).